REYNALDO JIMENEZ: *El libro de unos sonidos* (catorce poetas del Perú). Buenos Aires: Ediciones Ultimo Reino, 1988.

Entre los múltiples intentos realizados por difundir la poesía peruana (lo que suele entenderse por poesía peruana, con la carga de occidentalismo y cultismo inherente al uso de todo concepto relativo a la "nacionalidad" en las literaturas latinoamericanas), la propuesta de Reynaldo Jiménez, antologador y autor del prólogo del libro que hoy nos ocupa, al menos acepta el signo de la lectura personal como criterio de selección, y la idea de que estos "catorce poetas del Perú" no intentan representar, parcial o totalmente, la producción lírica en castellano culto del Perú del siglo XX.

A pesar de que el prólogo (sintomáticamente titulado "Afinación") señala que la elección de poetas y poemas "empieza a comunicarse como otra coherencia, aproximación, instancia de la lectura", se admite que "el antólogo [...] es una proyección de aquellos textos que convoca su lectura". Es decir, el libro se organiza como la búsqueda de una "coherencia", pero vista en términos de una coherencia personal. No es el compilador el que da cuenta de un sector de la poesía peruana; al revés, los poetas seleccionados y los poemas dan cuenta del compilador, con las consiguientes carencias y excesos propios de un trabajo que no ha surgido de las canteras del profesionalismo. Veamos.

El cuerpo del libro, titulado "*Concierto*", es la sucesión de los textos — precedidos por una breve ficha bio-bibliográfica— de Xavier Abril, Martín Adán, Carlos Germán Belli, Francisco Bendezú, Leopoldo Chariarse, Jorge Eduardo Eielson, Américo Ferrari, César Moro, Carlos Oquendo de Amat, Alejandro Romualdo, Sebastián Salazar Bondy, Javier Sologuren, Blanca Varela y Emilio Adolfo Westphalen. Lista que revela una marcada inclinación hacia una escritura de estirpe simbolista y para-surrealista, cuya vigencia en el espectro poético desde los años 60 en el Perú sobrevive a manera de recuerdo grato y nutritivo, pero recuerdo al fin. Podría pensarse que la presencia de Belli, Eielson y Romualdo es suficiente para desmentir lo anterior. Pero al revisar los poemas y encontrar que el énfasis puesto en la poesía menos expresionista de los dos primeros, y la ausencia absoluta de los textos de Romualdo desde *Edición extraordinaria*, aquellos que precisamente han trazado un perfil mucho más genuino del poeta del "Canto coral a Túpac Amaru" (que, desafortunadamente, brilla por su ausencia), el lector avisado comprenderá que lo que prima es, definitivamente, una visión lateral del trabajo de dichos autores.

De este modo, *El libro de unos sonidos* (título que hace no muy fornido favor a los poetas peruanos) se erige como una propuesta al estilo de *Vuelta a la otra margen*, antología elaborada por Mirko Lauer y Abelardo Oquendo en 1970, pero

sin su rigor ni su cohesión interna. Esto se constata al encontrar una mayoría aplastante de sonetos de *La rosa de la espinela*, *Travesía de extramares* o *Diario de poeta* en la sección correspondiente a Adán, en desmedro de los más ambiciosos fragmentos seleccionables de *La mano desasida* y *La piedra absoluta*, y de la presentación entendible de *Escrito a ciegas* con el prólogo de Mejía Baca, que es cómo este conjunto adquiere su redondez "autobiográfica". También se constata al comprobar la ausencia de "Twilight", poema que encaja perfectamente dentro del criterio seleccionador, en la sección correspondiente a Bendejú; o al reparar en que no están "Bacanal", "Ajax en el infierno", "Antígona", "En La Mancha" o "El circo" dentro de las páginas dedicadas a Eielson, del que se incluyen, sin embargo, algunos textos menores de su periodo previo a *Habitación en Roma*, libro fundamental que resulta insuficientemente representado. Carencias, en fin, cuya lista podría prolongarse, pero que preferimos acabar aquí para anotar una ausencia mayor, ahora en el nivel de los autores: la poesía de Pablo Guevara, Juan Gonzalo Rose, Gustavo Valcárcel, Guillermo Chirinos Cúneo y Juan Ríos, sólo para mencionar algunos poetas cuya obra (o parte de ella) podría ubicarse dentro de la línea seguida por el antologador, y cuyo aporte y solvencia expresiva son indudablemente mayores, por destreza verbal y originalidad, que los incluidos Chariarse o Ferrari. Y esto nada más nombrando líricos nacidos entre 1900 y 1930, que son las fechas dentro de las que se ha realizado la cosecha natalicia cuyo producto es *El libro de unos sonidos*, límites cronológicos que aparecen inexplicadamente, lo que lleva a pensar en el azar como accesorio factor de selección.

Así, el *modus operandi* de la antología se apoya en una concepción del quehacer poético no sólo como actividad ligada al símbolo y la metáfora fuera de toda ingerencia narrativa, expresionista, coloquial o —mucho menos— indigenista, sino también como *corpus* consagrado por lo que en los años 50 se dio en llamar "poesía pura" y que hoy, tal como se menciona párrafos arriba, difícilmente constituye un elemento vigente en el debate y la escritura poéticos desde la irrupción de la Generación del 60 en la lírica peruana. Fuera de ello (y obviando la poca sistematización de los textos al no mencionar siquiera a qué libro pertenecen en cada autor), hay que celebrar que se intente dar a conocer entre el público extranjero (el libro, recuérdese, fue editado en Buenos Aires) un sector del parnaso peruano que durante varios años fue eclipsado por las figuras de Vallejo y Eguren, y que merece mejor suerte que el olvido o la ignorancia en el plano continental. Ello, por supuesto, con las salvedades anotadas: ni se representa equilibradamente la producción poética anterior a los años 60 ni dicha producción constituye en todos los autores un hito en el devenir de la sólida tradición poética culta del Perú. Podemos remitir al lector de estas líneas a selecciones más confiables, si se quiere tener un acceso fluido y más provechoso a una de las poesías

más conspicuas del continente. Además del ya mencionado *Vuelta a la otra margen*, inscrito, como dijimos, en una búsqueda estilística semejante a la de *El libro de unos sonidos*, están, entre otras, las históricas antologías de Alejandro Romualdo (1957), la de Sebastián Salazar Bondy y Javier Sologuren (1959), la de Alberto Escobar (1973) y la de Ricardo González Vigil (1984), en las que se presenta un panorama mucho más amplio en la diversidad de estilos y riguroso en la cosecha de poemas publicados. Y esto sin mencionar aquellas antologías que, centradas en un *corpus* reducido, llámese poesía del 50 ("pura" o "social"), del 60, del 70 o del 80, o en algún estilo específico del gusto del antologador, pueden darnos una visión actualizada o simplemente retrospectiva del universo poético peruano. Así, podemos mencionar *Los nuevos* (1967), de Leonidas Cevallos, sobre los autores de la llamada Generación del 60; *Estos 13* (1974), de José Miguel Oviedo, sobre los autores del 70; *La Última Cena* (1987), de Asaltoalcielo Editores, sobre la más reciente hornada de poetas peruanos, surgidos desde los inicios de la década del 80; o, en la misma línea del libro que nos ocupa, una versión ampliada de *Vuelta a la otra margen*, por los mismos Lauer y Oquendo, titulada *Surrealistas & otros peruanos insulares* y aparecida en Barcelona en 1973.

El lector no peruano puede, entonces, tener con *El libro de unos sonidos* una idea aproximada de cierta poesía de la patria de Vallejo, pero también una idea de los peligros que entrana una visión estrictamente personal de la producción literaria. Aunque quizá el destino del libro se vea, finalmente, determinado por el gusto del mercado, todo depende de cómo marche la escritura en los países donde *El libro de unos sonidos* sea leído y de lo que pueda extraerse de dicha lectura más allá de la mera información. La propuesta de Jiménez, en tanto sincera y sin mayores pretensiones, puede tener una acogida favorable al presentar cierto material valioso y quizá para muchos desconocido. Una acogida que en el Perú, sin temor a equivocarnos, sería no muy grande. Queden, pues, advertidos los conocedores.

University of Pittsburgh

JOSE A. MAZZOTTI

JOSE MORALES SARAVIA (editor), *Homenaje a Alejandro Losada*. Lima: Latinoamericana Editores, 1986.

La publicación de este volumen no es un gesto común, que suele hacerse en forma esporádica para honrar la memoria y, más que nada, para ensalzar la figura —después de muerto— de algún intelectual de reconocida trayectoria. Quien